



UN CUADRO DE RIVERA.

Muchas biografías se han escrito de este pintor, una de las mas esclarecidas glorias artísticas de España tan fecunda en grandes hombres.

Por eso no es nuestro objeto apuntar datos y hechos de la vida aventurera del ilustre discípulo del Caravaggio y de Corregio.

El carácter sombrío del primero de estos dos pintores ha quedado impreso en las obras del *Espagnoletto*.

Ningun asunto por horrible que fuese su representación detenían la mano del artista.

Prometeo encadenado á la roca con las entrañas desgarradas y el hígado palpitante, el suplicio de San Bartolomé, cuadro de una verdad horrible y en el que dos sayones desuellan al santo vivo, el martirio de San Pedro etc. vienen á confirmar la verdad de nuestro aserto.

Las aventuras de su vida, los azares y contratiempos de ella, han contribuido no poco al sello de sus obras.

Rivera se ha mantenido de limosna, se ha vestido de andra-

jos, ha estudiado la miseria en todas sus fases y por experiencia propia, quizás á eso se debe su afición á los viejos mendigos y pordioseros que ha pintado como nadie.

El grabado que precede á estas líneas es una prueba de ello.

Nadie le ha igualado en este género.

Nadie ha reproducido como él las arrugas de la vejez, las callosidades de la incuria y de la miseria, las facciones rudas del pueblo.

Las barbas y cabellos desordenados y grises son en sus cuadros fiel imagen del natural.

Y á pesar de esto, todos los tipos de sus pobres tienen algo de digno, algo de severo.

Hay en ellos mas inteligencia, mas distincion aun que en los tipos del mismo género de los pintores flamencos y holandeses.

Véase si no el grabado, no falta ningún detalle; el estudio mas concienzudo ha presidido á la obra, y sin embargo está hecho con soltura, con seguridad.

43 DE ENERO DE 1856.

Parece mas bien que un mendigo, un soldado viejo y aventurero, por la expresion de su semblante.

Su frente despejada, sus ojos vivos é inteligentes, su encanecido bigote, lo dan á entender así.

Lleva la firma del autor y la fecha, fué ejecutado en 1640.

De Madrid á Sevilla.

Pocos habrá sin duda, que nacidos en el suelo de España y lejos del antiguo reino de Andalucía, no deseen visitar este hermoso pais, cuna de la civilizacion española, que sus antiguos pobladores llenaron de recuerdos, que las guerras de conquista cubrieron de ruinas, y que los rayos de un sol meridional inundan de una vegetacion frondosa y variada. Esos recuerdos han producido una de las obras mas brillantes del cantor de Childe Harold; esas ruinas, la oda mas sublime de la poesia española y esa vegetacion hermosa, las páginas de nuestros poetas, como las orillas del lago de Ginebra, las apasionadas cartas de Wolmar y Julia.

Destinado á recorrer ese pais privilegiado por el hombre y la naturaleza, encerréme una mañana en el estrecho espacio de una diligencia, lo cual pudiera retraerme de mis viajes si un efecto de mi organizacion, mas bien que de mi destino, no me impulsara á ello. A la inversa de Larra, la inconstancia de mi carácter ha engendrado en mí, si no la necesidad, el deseo al menos de viajar. Sepultado, pues, en ese incómodo vehiculo, consagréme á la observacion de los lugares que ibamos recorriendo; pero esa observacion rápida como el pensamiento, en que desaparece la tranquilidad del raciocinio por el sucesivo y tumultuoso cambio de las ideas.

Hoy dia el trayecto de Madrid á Aranjuez ofrece un nuevo punto de vista á los viajeros, siquiera le recorran por el camino ordinario, dejando á un lado y cruzando varias veces el mal llamado ferrocarril, que ha sido hasta ahora un solemne mentís al descubrimiento de Stephemon. Los pueblos de Pinto, Valdemoro y Ciempozuelos se presentan al observador con sus mezquinas casas y sus tostados habitantes que llevan pintado en su rostro el sello de la incapacidad si no de la estupidez. Los extremos se tocan. Despues del lujo la miseria; al lado de la civilizacion el atraso; cerca del saber que ilustra, la ignorancia que deprime. No es Madrid el corazon que arroja hácia todas las partes de un cuerpo social la sangre vivificadora, es la úlcera que atrae esa sangre á un centro corruptor para convertirla en dañoso pus. Semejante á ciertas plantas, todo lo que nace á su sombra es efímero y raquítico. Preguntad en esos rostros oscuros como sus viviendas, á esas inteligencias estériles como el terreno que pisan, qué han adelantado con la marcha de la civilizacion que atravesó sus umbrales en alas del vapor.... Pero no le preguntéis, leed su respuesta en la sonrisa diogénica que discurre por sus labios al clavar sus atónitas miradas en el largo tren de numerosos vagones.

Las verdes aguas del Tajo anuncian en este viaje la proximidad de nuestros Versailles. Una vegetacion gigantesca, hija mas bien del arte que de la naturaleza, cubre las orillas de ese rio, testigo de los amores que perdieron á España. Arboles de poblada copa se elevan por todas partes cerrando el espacio con el tejido de sus ramas para presentar de repente los encantos de una nueva vista. De paisaje en paisaje, pronto llega á descubrirse el palacio real de Aranjuez, dibujándose en las aguas del Tajo que parece detener allí su curso para gozar de tan sublime perspectiva. Un elegante puente de madera da entrada á esa villa que está llamada á rivalizar algun dia con la que hoy le presta sus capitales y sus hijos. A los ojos de Victor Hugo, Aranjuez ofrece lo imprevisto de un tablero de damas y todas las bellezas de la motonia. Para el pintor de *Paris á vista de pájaro*, nada puede haber digno de su rica paleta mas que el anárquico desorden de las calles de la capital de Francia; pero entre este *poético* laberinto y la *prosa* de la regularidad de las calles de Lisboa, por ejemplo, yo prefiero la segunda. Esos soberbios edificios que ve-

mos erigir en nuestras ciudades al lado de otros mas humildes, parece que pretenden confundirlos con su mole y álzanse orgullosos sobre su base como la usura sobre la indigencia, como el poderoso sobre el débil.

Despues de Aranjuez la decoracion cambia completamente, y un terreno arenoso y desierto se presenta á nuestra vista. ¡Triste prólogo del pais que muy luego va á recorrerse! Pronto la Mancha extenderá delante de nosotros sus inmensas llanuras, página la mas sangrienta de nuestras discordias civiles. Ocaña es el primer pueblo; despues la Guardia que se destaca entre las grietas de un pequeño cerro como un panal de barro fabricado por sus incultos moradores. Numerosas y sucias covachuelas ocultan aquellos infelices, que asoman su cabeza al ruido de la diligencia como un asqueroso reptil que acecha desde su guarida algun acontecimiento extraño. Niños completamente desnudos surgen de todas partes y acosan al viajero con gritos guturales que despiden mas bien por mecanismo que por conviccion de sus necesidades. Del estado natural al grado de civilizacion de aquellos habitantes no hay siquiera un adelanto, y ajenos á todas las exigencias sociales les sobran acaso todos los recursos. ¡Masa humana arrojada en las aguas de un oceano social y que solo un catclismo puede elevar á la superficie, como el fango de un estanque que solo se presenta á nuestros ojos cuando sus aguas son conmovidas por la tormenta! Esos hombres nada lamentan en su ignorancia, y el no saber es sin duda un elemento de la felicidad. ¿Qué importan sus harapos y su miseria?....

¡Quei che felici son non an camicia!

Menos pronto de lo que quisiera desaparecieron de mi vista aquellas barracas insalubres, infancia de la construccion civil, y aquellos habitantes que revelan al viajero la masa de que el hombre fué formado antes de animarle el soplo divino. Despues, el horizonte cerró nuestras miradas por todas partes y la noche nos ocultó en sus sombras, como si fuera inútil la luz en un pais sin objetos y sin colores.

A media noche cruzamos la ciudad de Manzanares y pareciórame un contrasentido no ver allí luz alguna en este siglo que llamamos de las luces, si no estuviera acostumbrado á semejantes antifrasís. *Le nom ne fait rien á la chose....* Por eso se ha llamado cabo de Buena esperanza al cabo de las tormentas; santo tribunal á un tribunal maldecido; justicia al favor; estimacion á la indiferencia; acatamiento al servilismo; servidumbre á la esclavitud; guerra al asesinato....

Hay un fondo de melancolía en el corazon del hombre que viaja, y que no basta á disipar el efecto de nuevas vistas, ni la esperanza de nuevas emociones. Acaso si no la realizacion de un deseo, la exigencia de nuestras necesidades sea la explicacion de ese principio psicológico. De ahí el que, cuando desde el interior de una diligencia vemos borrarse con la luz del crepúsculo la forma de los objetos exteriores, cada viajero recoge sus ideas, y á la espontaneidad del dia sucede el silencio de la noche; ese silencio que es la muda historia de otras tantas existencias. El cansancio del espíritu con estas y otras reflexiones y el del cuerpo con los insufribles vaivenes del carruaje, rindieron al fin mis miembros, y el sueño intermitente del desasosiego cubrió mis pupilas cansadas de vagar durante el dia por un horizonte sin límites y sin verdura.

Los rayos de un sol brillante vinieron á despertarme para presentar ante mis ojos en primer término los enormes picachos de una elevada sierra y á lo lejos las pintorescas y dilatadas llanuras de un paisaje de Pousin. Aquel sol era el sol de Andalucía; aquella sierra Despeñaperros; aquellas llanuras la antigua Bética. Extendíase por primera vez á mi presencia ese pais tan codiciado en otro tiempo por las naciones del norte, que fundian soldados para su conquista, y por las que acampaban en las orillas del mar Rojo y del oceano indico. Duplicaban sus atractivos los reflejos de un sol naciente que teñía al suelo con los colores de la aurora; el punto de vista desde el que le contemplaba y el encanto de la distancia que le hacia aparecer á mis miradas como al través del vidrio venticular de un cosmorama. El divino Camoens no ha imaginado semejante perspectiva al des-

eribir en estos sublimes versos la famosa isla de su inmortal poema.

*Para julgar difícil cousa fora,
no ceo vendo e na terra as mesmas côres,
si daba as flores côr á bella aurora
ou si lha daó á ella as bellas flores.*

Sorprendente bajo otro aspecto era el país que atravesábamos. A la derecha veíase cortada perpendicularmente aquella sierra por el camino que nos conducía, como una inmensa culebra arrollada á la falda de una montaña; á la izquierda erguían su desnuda frente hasta las nubes colosales pirámides de granito, que el viento de las tempestades descarnaba incesantemente para hundirlos en la sima que los rodea. Delante de este gran libro escrito por Dios y abierto á todas las inteligencias; en medio de estos espectáculos imponentes de la naturaleza agreste, el corazón palpita temeroso; los recuerdos del pasado, la realidad del presente, los sueños del porvenir, todo se reconcentra en un punto de nuestra existencia para pensar tan solo en la pequeñez de la vida humana. ¡Respetuoso homenaje que desde el fondo del corazón vuela hasta el trono de la divinidad! Esos enormes promontorios que la mano del eterno ha sembrado sobre nuestro globo, son las vallas de esta inmensa heredad que llamamos tierra, que detienen á los conquistadores en sus ideas de dominación omnimoda, á las naciones en sus utopías de fraternidad universal, á las provincias en la avenencia de sus mezquinas rivalidades. Si la fuerza del vapor rompe esa valla insuperable para hacer de la humanidad una familia, el orgullo humano la exige de nuevo en la frontera de sus sórdidos intereses.

Al descender de la sierra reposamos un momento en el primer pueblo de Andalucía por aquella parte, en santa Elena: esa pequeña perla de esta corona territorial que el colonizador Olavide depositó al pie de Despeñaperros. Entonces observé con Víctor Hugo que *el clima se escribe en la arquitectura*. Poco tiempo antes había yo cruzado las frescas y pobladas montañas de Asturias y Galicia, las calurosas y desiertas llanuras de Castilla y la Mancha, y el carácter de la construcción civil y rural de cada país se presentó á mi imaginación en conjunto extraño. Esas casas de pizarra del norte de España, con sus techos puntiagudos y cerrados á todos los vientos, parecen á propósito para absorber los rayos de un sol triste y apagado y para arrojar de sí las frecuentes lluvias de un clima nebuloso y frío; esas chozas de barro, sembradas en el centro de nuestra península, como el montón de tierra que oculta la madriguera de una legión de topes, intentan desafiar con su deleznable masa las aguas de un país seco y agotado; estas hermosas viviendas del mediodía, blancas como la túnica de sus antiguos dueños, pretenden devolver al cielo los rayos de un sol abrasador y lento. Si de la obra pasais al hacedor, vereis también que el carácter de los habitantes de cada país se graba en su arquitectura. Casas rurales del norte os darán á conocer la taciturnidad y la reflexión de sus moradores; las del centro, la rusticidad y la llaneza; las del mediodía, la frivolidad y la expansión.

*La terra molle e lieta e clilettosa
simili á se gli abitator produce.*

Después de Santa Elena un pueblo triste y miserable se nos ofreció al paso: las Navas de Tolosa, con mas vida en el terreno de la historia que en los campos de Andalucía. Población que solo vive de recuerdos por haberse decidido en sus llanuras el triunfo de la cruz sobre la media luna, del Evangelio sobre el Corán, del lábaro de Cristo sobre el estandarte de Mahoma. Las Navas de Tolosa fue el Waterloo del islamismo.

La antigua capital de la colonia de Olavide se nos presentó como un nuevo punto de descanso, y lo que principalmente llama la atención del viajero en la Carolina es sin duda la igualdad *falansteriana* de sus edificios. Creeríase que á últimos del siglo pasado intentaban ya ponerse por obra las doctrinas de Cabet ó de Considerant. El rey Carlos III ha dejado por dó quiera señales inequívocas de su protección á las artes y á la industria, y en sus días ni se hubieran derribado las casas de Hernán Cortés y de Cervantes, ni se permitiera cubrir con yeso los esqui-

sitos afligranados del alcázar de Sevilla. ¡Para un monarca que erige, millares que destruyen!

Después de la Carolina aparece Bailén para recordar con su nombre un *hecho de armas* en que mas brilla la ignominia de los vencidos que la gloria de los vencedores.

¿A dónde dirigiremos nuestros pasos que los ejércitos invasores no hayan puesto ya los suyos? *La España es el bosque de Boloña de los desafíos europeos*. ¡Espantosa verdad de quien tan amargas verdades dijo! Y si no buscad en el mapa del antiguo continente, desde los hielos del norte hasta los desiertos tropicales, una nación, una tribu que no haya mandado aquí sus legiones á desafiar la independencia española; buscad en la cronología de los conquistadores, desde Alejandro hasta Napoleón, un nombre que no esté escrito con sangre sobre el suelo de nuestra patria. Por eso la España es una grande y noble ruina, como ha dicho Foy: por eso dó quiera tendamos nuestras miradas, solo vemos escombros hacinados como el solemne *sic transit gloria mundi* de un vasto cementerio.

No tardamos mucho tiempo, después de salir de Bailén, en avistar á lo lejos una ciudad, al parecer notable, tendida á la falda de una montaña como una sábana de nieve desprendida de Sierra Morena, y cerniéndose sobre las aguas de un ondulante río que se perdía en el horizonte, ávido de mas bellezas. Aquella ciudad se llamaba Córdoba; el río Guadalquivir. La antigua corte de los califas, centro de civilización de la edad media, aparecía en toda su brillantez bañada por los rayos de un sol casi vertical, que arrebatando á la tierra una nube de perfumes devolvía en cambio otra nube de fuego y de colores. Es preciso contemplar siquiera de lejos esa ciudad rica en poesía, para poder descifrar la eterna lucha de los Abassidas ó de los Omeyas, para evaluar el precioso tesoro de los hijos de Oriente. A cada paso que nos acercábamos descubría en ella nuevos encantos como si leyera en sus murallas la historia de sus recuerdos. Cruzamos por sus calles estrechas y tortuosas, y un silencio profundo reinaba en todas ellas. ¡Parecía que habíamos retrocedido 1045 años, y que el cruel Alhaken I acababa de ejercer su horrible venganza!

Aun cuando de paso no podíamos dejar de visitar la famosa Aljama ó Mezquita, y un *cicerone ad hoc* nos condujo á sus umbrales para entregarnos en manos de otro *cicerone*. La idea que yo tenía formada de este edificio era soberbia, como pudiera tenerla del famoso Partenon de Atenas, y mis ilusiones cayeron por tierra al golpe de una perspectiva inesperada. Sucede con esto lo que con las pinturas al fresco, lo que con las afecciones de los hombres: la impresión lejana nos seduce, llegadas á tocar son abominables.

La catedral de Córdoba carece de la suntuosidad de los templos cristianos vaciados en la turquesa de la arquitectura gótica. La obra humana es allí antes que la majestad divina: el hombre antes que Dios. Aquella multitud de columnas raquílicas y deformes hace asemejar su interior mas bien á un bosque de piedra que á las naves simbólicas de una basílica. El entusiasmo de la conquista hizo sin duda que S. Fernando en Córdoba, como el abad de Sahagún en Toledo, erigiese el altar de Cristo sobre el libro de Mahoma, como clavaron los soldados de Alarico el símbolo de la fé cristiana sobre las bóvedas del Capitolio.

Despedímonos de la obra de Hisem I, y proseguimos nuestro interrumpido viaje. Encerrado de nuevo en el estrecho recinto de la diligencia, el mal estado de nuestros caminos quería ceñir continuamente á tan corto espacio los límites de mi imaginación por medio de multiplicados tropiezos. ¡Inútiles tentativas! Mi pensamiento cruzaba los siglos, como el vapor las distancias: abandonaba una edad de corrupción por otra no menos corrompida..... no había entre ambas mas diferencia que el ropaje histórico. Recordaba los reyes de Castilla, Leon y Navarra, los emires de Córdoba, Valencia y Sevilla, en lucha todos, todos destruyéndose como los soldados de Cadmo para fundar el vencedor un nuevo reinado, una nueva Tebas, gérmen de futuras guerras. Pisando estaba el terreno de las victorias de los unos, de las derrotas de los otros, de los crimenes de todos. ¡Desdichada España!

¿Cuál ha sido el fruto de tantas discordias? La sangre de las conquistas ¿qué ha producido en tu fértil suelo? ¡Bibliotecas que hemos reducido á cenizas, alcázares que abandonamos á la intemperie, ruinas aun palpitantes, rencores todavía no apagados!

Después de Córdoba todo es pálido hasta llegar á Sevilla, si hay algo pálido en este país clásico de la hermosura.

Ecija, que atravesamos de noche, ocultaba sus deformidades y sus bellezas entre los pliegues de una oscuridad tenebrosa.

Carmona, la oriental Carmona, brillaba sobre una colina á los rayos del sol nascente como un cisne sacudiendo sus plumas del rocío de la noche. Su lema era una verdad.

Alcalá de los Panaderos nos ofreció el placer de un descanso y la satisfacción de ver pronto satisfechos nuestros deseos.

Al descender de este punto no se tarda mucho tiempo en divisar á Sevilla, la reina del Betis, que como dice Alejandro Dumas parece en medio de la España un ramillete sobre el seno de una hermosa. ¡A tanto alcanza el poder de la belleza sobre el corazón de nuestros detractores! ¿Hay algo mas seductor que esa ciudad enseñoreándose á la orilla izquierda del Guadalquivir,

con sus blancas casas como copos de nevada espuma, sus bosques de naranjos que esparcen en la atmósfera oleadas de embriagador azahar, sus torres dibujadas en un cielo claro y sereno y un sol radiante que baña este conjunto de delicias que á su pesar abandonaron los hijos del Yemen? Pronto llegamos á tocar sus murallas, y la ciudad de Hércules, la moderna Cnido nos abrió sus puertas.

Al descansar por última vez de mi viaje, un letargo doloroso sobrecogió todos mis miembros, y el ruido del carruaje turbaba todavía mis oídos con tal tenacidad cual si fuera ya inseparable de mi organismo. El encanto de mis impresiones de viaje desapareciera con los objetos que le inspiraran, y rodeado de una turba de curiosos para ver al que llega solo me acordaba del buen estado de nuestros caminos, del cortés lenguaje de nuestros mayores, de la comodidad de nuestras diligencias, de la limpieza de nuestras posadas, de la inviolabilidad de nuestros equipajes....

R. RUA FIGUEROA.



ADELAÏDA RISTORI.

Pocas serán sin duda las personas á cuyos oídos no haya llegado el renombre de *Adelaïda Ristori*, la eminente actriz italiana que ha sabido conquistar repentinamente en Francia una de las coronas artísticas mas gloriosas que pueden ser blanco de la ambición de una mujer. París ha visto con asombro y con en-

tusiasmo en el flexible y maravilloso talento de la señora Ristori esa feliz alianza del arte con la naturaleza, que es la condición mas rara y mas alta á que puede aspirarse en la escena. Calor de alma, noble y elegante ademán, dignidad escénica, continente trágico, voz de seductora armonía y de inflexiones infinitas.

tas capaz de reproducir todos los acentos del alma, inteligencia profunda y delicada; nada falta á esta mujer extraordinaria de cuanto alcanza en la esfera del arte á cautivar, á alucinar, á conmover.

La *Francesca di Rimini*, de Silvio Pellico, la *Maria Stuardo*, de Schiller traducida al italiano, y la *Mirra*, de Alfieri, han sido las producciones dramáticas que mas han hecho resaltar en la *Salle Ventadour* de Paris las incomparables prendas de la Ristori. Pero en la tragedia del gran poeta piamontés es donde halla mas vasto campo para desplegar los tesoros de su admirable instinto teatral. La Ristori ha sido, en estos tiempos, para Alfieri lo que la Rachel para Racine y Corneille: un espíritu evocador, una rehabilitación literaria, una vivificación completa.

El papel de Mirra es uno de los caracteres mas delicados y escabrosos que pueden confiarse á una actriz. Todos conocen la transformación elevada que ha experimentado bajo la pluma de Alfieri la grosera y repugnante tradición mitológica de los amores del rey Cíniro, que sirve de fundamento al asunto de esta tragedia. Todo el genio, todo el decoro ático de Alfieri han sido apenas suficientes para mitigar el profundo horror moral que inspira el frenesí de amor incestuoso con que la *fatalidad* aflige el corazón de Mirra. Y aun así, son indispensables todo el arrebatado impetuoso, todo el hechizo de melodiosa entonación, todo el tacto escénico de la Ristori para hacer aceptable y casi simpática la infernal pasión que avasalla su alma. ¿Quién podría pronunciar como ella aquellas palabras en la apariencia tan sencillas y naturales

La mia madre FELICE,

que llenan de espanto á Cíniro porque son para él una revelación entera?

La Ristori posee la facultad, triunfo supremo en las artes, de dar á las creaciones ideales todas las apariencias de la realidad sin apartarlas no obstante del mundo del pensamiento y de la poesía. Abriga uno de esos corazones privilegiados, que recorren á su antojo todo el diapason de los sentimientos humanos. Pasión, ventura, odio, desesperación, inocencia, ira, melancolía, astucia, resignación, venganza.... todo lo comprende, todo lo siente, todo lo expresa: en todo pone algo del destello eterno que Dios depositó en su alma. Con su voz, con su elocuente y sublime silencio, con sus magníficas actitudes, que solo tienen igual en el Vaticano y en el palacio Pitti, la Ristori hace olvidar al poeta por la actriz. Perteneció al corto número de artistas que para comprender el fondo de las pasiones que reproducen en la escena, miran al fondo de su propio corazón con miradas que todo lo abarcan, que todo lo convierten en lágrimas ó en fuego.

La Ristori, rival casi triunfante, en Paris mismo, de la eminente actriz francesa Mademoiselle Rachel, no podía dejar de granjearse la admiración y los aplausos de los poetas. Como muestra de los homenajes literarios que se han tributado á tan insigne artista, copiaremos á continuación los delicados y elegantes versos que, en lengua italiana, escribió en el album de la señora Ristori nuestro esclarecido compatriota el Sr. Martínez de la Rosa:

Della figlia di Cyniro infelice

L' orrendo á un tempo ed innocente amore (1)

Rappresentar ti vidi, ed io sentiva

L' immenso tuo dolore,

E dell' offesa diva

La tremenda vendetta ed il furore.

Non é l' arte; natura

Ti fu, donna gentil, sola maestra:

Ella i teneri affetti, il dolce pianto,

Della voce l' incanto

Generosa ti diede; e quando vide

Nell' tuo capo la trágica corona,

Tra plausi ella gridó: «paga son io:

La Ristori e mia figlia, il triumpho é mio.»

FRANCISCO MARTINEZ DE LA ROSA.

Paris 19 de Setiembre de 1835.

(1) Versos de Alfieri.

También juzgamos oportuno insertar la siguiente traducción para dar á nuestros lectores alguna idea de las bellísimas estrofas que, al salir de una representación de la Ristori, escribió el célebre poeta Mr. de Lamartine:

De Alfieri en nuestro espíritu derramas

la amarga hiel, las iras y el dolor,

y á las páginas mudas de sus dramas

das entusiasmo y luz, vida y color.

Das tu sangre á sus sombras altaneras:

tú logras ser su intérprete, su igual;

y al vivir con tu vida sus quimeras,

el genio os liga en vínculo inmortal.

El drama agitador encierra en vano

cuantos ecos da el alma á la pasión:

de él no brota el dolor sin que tu mano

las cuerdas venga á herir del corazón.

A Francia el Arno trágico te envía

de Alfieri el triunfo á compartir con él:

á él le hizo Dios *poeta*, á tí *poesía*:

la gloria os debe idéntico laurel.

Tus acentos de dicha ó de quebranto

sin júbilo ó dolor nadie escuchó:

lloramos, sí; pero antes ese llanto

de tu abrasado corazón salió.

ALPHONSE DE LAMARTINE.

Ocioso nos parece advertir que esta traducción no merece tal nombre. Nos hemos limitado á imitar los principales pensamientos del original. Creemos, como hemos creído siempre, que la poesía se imita; pero no se traduce. Traducir versos de Lamartine, que emplea tan hábilmente su propio idioma para dar encanto á sus divagaciones poéticas, no es solamente ingrato: es imposible.

LEOPOLDO AUGUSTO DE CUETO.

A VISTA DE PAJARO.

HISTORIA DE UNOS AMORES.

Á AGUSTIN BONNAT.

(Conclusion.)

XII.

Pasaron quince días, durante los cuales Félix no dejó de recibir epístolas semejantes, cada vez mas tiernas, cada vez mas apasionadas; quince días de delirio, que invirtió en contestarlas y en mirar desde su observatorio á Luisa, que siempre acompañada de la implacable tia, no dejaba, sin embargo, de dirigirle miradas furtivas, y de sonreírse á hurtadillas cuando sus ojos se encontraban.

Una cosa podía aun desear Félix en el mundo: hablarla un instante, besarla una mano y morir de felicidad.

XIII.

«CASAMIENTO. Mañana debe verificarse el de la hermosa señorita de Campo-Bello con el hijo del rico banquero don N. de N.»

Debo advertirte que esto fué lo que Félix leyó en un periódico al décimosexto día de haber recibido la carta que acabo de copiar, y dejó á tu discernimiento el pensar lo que pasó por la mente del pobre joven.

Si alguna vez se muere de un pesar, Félix debió morir de al leer estas líneas, escritas, sin embargo, con la frialdad mas glacial por un su amigo, cuarto poder del estado (léase gacettillero).

XIV.

Y á *despropósito* de lo que vamos hablando, una comedia que gusta mucho en España produce generalmente mil duros á su

autor, y una comedia que gusta suele llevar cincuenta aplausos poco mas ó menos. Como hasta ahora todas las que he escrito han gustado, y me lisonjeo de que suceda lo mismo con la que estoy escribiendo, y en este momento se me ocurre una cosa para ella que creo ha de ser aplaudida, no pienso que es cosa de perder quinientos reales por seguir al bueno de Félix. Aquí lo dejo pues por ahora.

Diránte que los aplausos son humo; di á quien te lo diga que los aplausos, como todo en la actualidad, son dinero; que es lo que significa la palabra *gloria* literalmente traducida.

Y ¿sabes tú, público indiferente, que asistes al estreno de una comedia, lo qué estriba en que guste ó que disguste? No: por empedernido que tengas el corazón, por de mala índole que seas, no regatearías tanto tus palmadas si lo supieras, no te ensañarías tanto con las obras que tienen la desgracia de no hacerte gracia, de haberte hecho malgastar tus diez y nueve reales en una butaca, para no divertirse luego del modo que creías. ¡Oh! Y ¡cómo te diviertes en silbar, sin comprender que aquellos silbidos no solo matan al autor, sino que quitan el pan á muchas bocas!

Me apresuro á decirte que hasta ahora, feliz ó desgraciadamente, nunca he sido silbado.

¿Sabes lo que significa ese rato de honesto solaz á que de vez en cuando te entregas? No, no lo sabes; yo voy á decirte lo.

Una obra que gusta no significa solo que su autor adquiera posicion social, que al día siguiente le señalen con el dedo por la calle como á un objeto curioso, que tenga pan que llevar á la boca. Significa que de eso vive su familia; que la empresa del teatro hinche sus arcas, y que de estas arcas sale el sustento de los cómicos, de los pintores, de los músicos, de los tramoyistas, de los sastres, de los comparsas, etc., etc.; de cien y cien individuos mas, que tienen madres y hermanos é hijos. Y luego esa obra se imprime y dá de comer á los fundidores, á los cajistas, á los prensistas, al regente, á los correctores, y va á los teatros de provincias, y reparte el maná á otro sin número de familias que no tienen mas Dios ni mas Santa María que ella; y luego pasa los mares, y tambien derrama por América su benéfico rocío, y acaso es traducida, y en el extranjero, como en la patria de su autor, por donde quiera va esparciendo la vida. Sin contar con que de ella sacan su sustento los porteros, los acomodadores, los contadores, toda esa inmensa multitud que nunca te has preguntado de qué vive. Y los traperos que recogen los pedazos de tu traje para hacer papel, y los que fabrican este, y las telas para las decoraciones y los vestidos de los cómicos, y los alumbradores, y los armeros, y.... Si sigo la lista, resultará que la mitad de los hombres viven de divertir á la otra mitad.

Y pensabas tú que al silbar solo castigabas el arrojito del necio que osó hacerte perder tres horas, que valen por lo menos tres napoleones, y un napoleón en efectivo. No; cuando tú contraes la boca para silbar se cierran muchas bocas, porque pierden la esperanza de encontrar pan, muchos padres lloran por el mañana de sus hijos, muchos.... Te repito que á mí nunca me han silbado, sin embargo de que he puesto muchas obras en escena.

Y á propósito, si quieres comprar alguna, son muy bonitas y te divertirás un rato. En Madrid se venden en la librería de Cuesta; en las provincias en casa de los representantes de los señores Guyon y Regoyos, mis administradores.

Seguramente que tú no te figurabas ni remotamente en cuánta cantidad de pan se podría valuar una comedia.

Y sin embargo, las obras no se silban siempre porque sean malas. Mi sublime maestro, el hijo inmortal de la virgen América, el genio del teatro mas grande que cuantos fueron, son y serán, el imponderable ALARCON, vió caer á silbos todas sus coloradas creaciones porque era jorobado.

Y siglos han pasado sobre él, y casi nadie conservaba de él un recuerdo, porque los silbidos, justos ó injustos, son el sambenito de los poetas, hasta que un día yo, pobre jóven oscuro y casi desconocido, convoqué á un público, hice correr un telón y se

lo presenté como pude, y Dios me ayudó en aquella obra de regeneración y justicia.

Si otra cosa no hago en mi vida, bastante habré hecho. El drama puede ser malo; pero de la intencion con que lo escribí estoy orgulloso. Si los muertos saben lo que en este mundo pasa, el alma de Alarcon, que está en el cielo de los mártires, me perdonará el haber puesto en boca del gran hombre á quien perteneció mis desaliñados versos, y será amiga de la mía, porque sabe que gloria para él, y no para mí, era lo que yo buscaba.

Hablo con los muertos por si los vivos no me creen ó no se toman el trabajo de leerme.

Dios me ayudó entonces poniendo de mi lado á la fortuna, y despues me lo ha pagado.

No hablemos mas de silbidos, que yo ando por el camino en que suele tropezarse con ellos.

XV.

Los artistas, los hijos malditos de Dios, no tienen asiento señalado en el banquete de la humanidad, como diría el poeta Eugenio Pelletan; en cambio pillan por asalto el que pueden, y así van viviendo. No pertenecen por lo tanto á ninguna de las clases de la sociedad, y así los veis en las boardillas del pueblo como en las salas de la clase media, como en los salones de la aristocracia. Tribu nómada, que en ninguna parte se halla bien, en todas las atmósferas respira lo mismo.

No extrañaréis pues que os presente á Félix, sacándole de su boardilla, en uno de los mas aristocráticos salones de Madrid, aunque debo deciros que aquel frac que lleva se lo ha prestado un amigo suyo, á quien él en semejantes casos suele prestar sus pantalones negros.

Mucho ha variado desde que no le vemos; parece un muerto escapado de su tumba.

Es que ha sabido que lo que leyó en el periódico era verdad, y hace de esto una semana, y no se ha muerto todavía.

Con ese valor salvaje de que todo hombre es capaz en sus instantes supremos, se habia hecho presentar en casa del duque de Campo-Bello el día en que este celebraba con un magnífico baile las bodas de su hija. Le quedaba una esperanza, y por su esperanza venia; se lisonjeaba con la idea de que Luisa, que le habia escrito aquella misma mañana como si tal cosa sucediera, que habia bajado al jardín como todos los días, no se casaba por su gusto, y esto estaba seguro de leerlo en sus ojos, y entonces aun podia vivir recordando su pasada dicha ó morir pensando en que á sus lágrimas respondian las lágrimas de la mujer amada. ¡Pobre Félix!

Aun no habia aparecido Luisa en los salones; estaba un poco indispueta, y esto venia á afirmar en su esperanza á nuestro pobre muchacho.

De repente Luisa apareció al lado de su respetabilísima tia, mas bella que nunca, mas risueña, mas encantadora.

Un vértigo se apoderó de la cabeza de Félix, y sin reparar lo que hacia corrió á su encuentro, abriéndose paso por medio de la asombrada muchedumbre, que lo miraba estupefacta.

— ¡Imprudente! ¿No le he dicho á V. en mi carta del sábado que toda reserva es poca, ó en tan poco tiene V. mi amor?— Murmuró en su oído una voz femenil cuando cerca de ellas llegó.

¡Era la tia!

Los amigos de Félix no han vuelto á saber de él. Antes de desaparecer del mundo destruyó una obra maestra que habia hecho; no sé si un libro, ó una estatua, ó un cuadro.

¡Pobre Félix!

P. D. Han pasado bastantes dias desde que escribí estas líneas. Félix no ha muerto. —

LUIS DE EGUILAZ.

UN CAPRICHIO DE CLEOPATRA.

Á ENRIQUE CASSOU.

I.

La reina de Egipto se aburre en medio de su lujo y de su magnificencia.

En sus innumerables ratos de ocio ha agotado toda clase de placeres, ha hecho pasar su corazón por todas las sensaciones que su caprichosa cabeza ha podido discurrir.

Las danzas de sus esclavos la fastidian.

Los gestos voluptuosos y las excitantes posturas de sus sirvientas, no arrancan un gesto á aquella marmórea figura.

Los ecos armoniosos de sus músicos no pueden hacer palpar aquel corazón frío como el de las esfinges de granito de su palacio.

No hay una sonrisa para nadie.

Ni una palabra para ninguna de sus esclavas favoritas.

Lesia, Anandria y Zeísa no pueden turbar la desapacible tranquilidad de su régio semblante.

Ninguno de los tesoros enviados para encantar sus ocios atrae sus miradas.

Su corazón está tranquilo, inmutable, fijo como el azul im- placable del cielo de su corte.

Como el mar en días de calma.

Como las olas cenagosas y tardías del Nilo.

Anandria agita en torno de su señora las sonrosadas plumas de un abanico de Ibis.

Privilegio real y que nadie puede compartir con la soberana, porque el ave es sagrada.

La pobre esclava envía oleadas de aire mas fresco á las mudas facciones de la Reina, por ver si el calor sofocante de aquel clima influye en el mal humor de su señora.

Pero esta no ha aspirado una sola de aquellas olas.

Se ha cansado.

A una señal suya la fiel sirvienta se ha ido á colocar en su sitio dejando el régio abanico sobre los grifos de oro del trono.

Lesia ha desplegado ante los cansados ojos de Cleopatra todas las riquezas del tocador.

Todos los perfumes del mundo conocido.

Todos los reflejos múltiples y cambiantes de infinitas piedras preciosas, que han iluminado la estancia con mil rayos variados, con mil fulgores deslumbrantes.

La soberana los ha hecho retirar.

Su blanca túnica no admite pedrería.

El oro de su manto de púrpura es su mejor distintivo, no necesita mas adornos; ¿para qué mas riqueza?

¿Qué lujo equivale á la obediencia de sus esclavos, que tiemblan y vacilan ante su mirada, y que obedecen mudos á la mas pequeña indicación suya?

Tended la vista por sus monstruosos palacios, contemplad las innumerables columnas de sus pórticos, de sus salones; admirad la multitud de esfinges de granito y de basalto que tienen por ojos las piedras mas esplendentes de la comarca; los grifos de plata maciza con alas de oro, los caprichosos monstruos que dominan las columnas, ¿qué mas señal de grandeza puede desear una reina?

¿Qué le falta para ver satisfecho su orgullo de mujer?

Y sin embargo, su corazón está frío.

Acostumbrada á ello, vive aburrida en medio de su palacio, sin notar su grandeza, como los pobres remeros del Nilo en sus nauseabundas chozas.

¡Ay del despertar!

¡Ay del momento en que la reina salga de su letargo y culpe á los suyos que no han sabido entretenerla y calmar su fastidio!

Por eso Zeísa ha presentado en magníficos vasos, en soberbias copas de oro incrustadas de piedras y cinceladas por los grandes joyeros de la Grecia, una colección variada de venenos.

Los ha mirado y un pliegue se ha marcado en su frente tersa y pura como el alabastro.

Lágrimas han brotado de los ojos de los esclavos y esclavas, ¿quién será el destinado á demostrar los crueles efectos de aquellos mortíferos licores á los ojos aburridos de la reina de Egipto?

Sus blancas y afiladas manos, con las que ninguna puede competir, han cogido una caja misteriosa hecha de dos conchas de tortuga de Lesbos, unida por una línea de oro en que el artista había incrustado con plata toda la genealogía de los dioses del Egipto.

Una esmeralda formaba el cierre.

Zeísa ha temblado.

Lesia y Anandria se han mirado furtivamente.

Los esclavos han bajado la vista al mármol del pavimento para no tropezar con los ojos altivos de su soberana y señora.

Aquella caja contiene unos polvos venenosos.

Icaleon, el mas bello de sus súbditos, murió de ellos.

La reina probó en él su ponderado efecto.

A una señal suya las copas y vasijas desaparecieron.

—Abrid, dijo señalando las ventanas de su palacio.

—Ya es tarde, el sol va á hundir su inflamada cabellera en los mares, pronto vendrá.

Así dijo la reina y su palabra resonó clara y única por las galerías de su palacio.

Entonces dirigiéndose á las tres esclavas que rodeaban su trono las miró diciéndolas:

—¡Quiero flores!

—¡Traedme flores!

La sala quedó desierta, solo Zeísa y Anandria permanecieron á su lado.

La reina había hablado.

Quizás se contentaría con envenenar flores para verlas morir marchitas é incoloras.

¡Ay! Quizás haría aspirar su perfume á las que la rodeaban.

Las esclavas se estremecieron como las hojas volubles del álamo blanco cuando las agita un viento fuerte.

La reina descendió del trono y fué á colocar la caja emponzoñada encima de una magnífica mesa de pórfiro.

Los esclavos obedientes no se hicieron esperar mucho.

Grandes brazadas de flores fueron colocadas en el sitio que se dignó mandar Cleopatra.

Innumerables eran.

Rosas perfumadas, sindrimales magníficos, pálidos nenúfares, esplendentes lotos, y cuantas podían reunir los jardines de la antigüedad se ostentaron frescas y lozanas, puras y perfumadas á los ojos de aquella mujer.

—¡Esclavas! dijo la reina, y veinte mujeres vinieron á ejecutar sus órdenes.

—Todas esas flores me son inútiles, hacedme una corona de rosas de Alejandría con la que pueda adornar mi frente.

Las mujeres obedientes se pusieron con tesón á la obra.

A los diez minutos estaba concluida.

II.

Cleopatra era hermosísima.

Las infinitas descripciones que de su blancura y correctas facciones, de su afilada y tenue nariz nos han dejado los antiguos, nos la representan como un portento.

La fábula ha embellecido con sus ricas ficciones la corte de la cruel reina de Egipto.

Nadie podía competir con ella en hermosura.

Si alguna mujer se atrevía á ser hermosa y á parecerlo ante la reina, su voluntad de hierro horrabá de la vida su nombre.

Una víctima mas era sacrificada á su orgullo.

Y sin embargo las mujeres que la rodeaban eran hermosas.

(Concluirá.)

AGUSTIN BONNAT.

FALDEROS Y TAGARNINAS.

Romance.

Digno es de eterna memoria
el que inventó en nuestros días
los cándidos falderillos
y las duras tagarninas.

¡Las tagarninas! ¡los perros!
consuelo de las desdichas,
para los hombres las unas,
los otros para las niñas.

Que si Dios al sexo feo
le dió la melancolía
también le dió en el cigarro
el humo que la disipa;

Y si tal vez á la hermosa
del amor las glorias quita,
del falderillo le deja
las inocentes caricias.

¿Dónde hay gusto como el gusto
de chupar *purós* ó pipas?
quien no fuma no conoce
si hay en la tierra delicias.

¡Feliz quien hace besarse
lo interior de las mejillas,
y sorbe, como los niños
el nectar de la nodriza.

Y saca y mete el cigarro
entre los labios, y admira
el rojo fuego que alienta
entre cándida ceniza;

Y por boca y por narices
humo á torrentes vomita,
cual rauda locomotora
que va á emprender la partida.

Y descollando entre el humo
que el ambiente aromatiza
parece un dios del olimpo
cercado de nubecillas.

Ya á bocanadas derrama
torrentes de claras linfas,
que á trechos bordan la alfombra
de líquida argentería;

Ya inobservada se escapa
alguna luciente chispa,
dejando eternos recuerdos
en el frac ó en la levita.

Ya en torno los circunstantes
parece que se constipan;
el grato aroma ensalzando
con sus toses repetidas.

Y si el hombre en el tabaco
el gozo encuentra y la dicha,
por el perrillo la hermosa
novios y penas olvida.

Miradle puesto en su falda
lamer con lengua atrevida
ya la nieve de sus manos
ya el carmin de sus mejillas.

Si hoy *Melendez* escribiera
no la insulsa PALOMITA
sino EL FALDERO DE FILIS
cantára en tiernas letrillas.

¿Qué cosa tiene el mundo
mas gracia, mas poesía
que el ver un perro jugando
con una niña bonita?

¡Cuál en sus lanas rizadas
el labio purpúreo fija!

¡Cuál en sus brazos le estrecha

y á su seno le reclina!

Vedla en calles y paseos
despreciando las conquistas,
porque el alegre cautivo
en pos de sus huellas siga.

¡Qué gritos, qué maldiciones
si algun bárbaro le pisa!
¡cuántas lágrimas si un coche
se le convierte en tortilla!

En fin: al can la doncella
sus ilusiones confía,
y la que de treinta pasa
sus esperanzas perdidas.

Y su ventura y sus glorias
en el fiel lanudo cifra,
mientras conserva al cigarro
invencible antipatía.

Y el hombre humea y adora
al perrito ó la perrita,
y con el pié cuando puede
fuertes ósculos le endilga. —

Ahora bien, lectores míos,
tal odio y tales caricias
¿denotarán por ventura
amor, ó celos ó envidia?

JOSÉ GONZALEZ DE TEJADA.

Soneto.

•Ese tronco que mayo adorna y viste
donde grabas tu nombre idolatrado,
Laura, veráslo pronto deshojado
que á la furia del tiempo no resiste.

Vendrá diciembre con sus lluvias triste
y cubrirá de escarcha el tronco helado,
ó el huracán á desgajarle airado
arrebatando el nombre que esculpieste.

Templo mas digno que tu nombre lleve,
do no lo borre el viento enfurecido
ni el invierno lo cubra con su nieve,
un corazón será que te ame ciego: —

Dijo así, y en mi pecho estremecido
grabólo amor con su huiril de fuego.

VENTURA DE LA VEGA.

GEROGLÍFICO.



Director y propietario, D. EDUARDO GASSET.

Madrid. — Imprenta de la VIUDA DE PALACIOS.